

culos á sus buenas medidas; ¿pero cómo fiarse de la camarilla de agiotistas y prostitutas que lo habia derribado? Habia desaparecido la venalidad de la justicia; ¿pero cómo creer en el desinterés de los nuevos magistrados? Maupeou, cabeza de la administracion de justicia, decia al abate Terray: « Está vacante el empleo de interventor general; es un destino en que se hace buen dinero; voy á influir para que te lo den. » Y Terray, hombre inexperto, adoptó medidas despóticas, tanto que muchos se libraron con el suicidio de las vejaciones del fisco, y otros se dedicaron al contrabando, mas lucrativo que el trabajo. Esto, en cuanto á la hacienda; en cuanto á los asuntos judiciales, era tanta la fuerza de la costumbre, que se consideraba vileza administrar justicia á expensas del rey; no se concebía que magistrados asalariados pudieran ser íntegros, y el no verlos ricos como de costumbre, disminuía mucho su crédito. Sin embargo, si se prescindía del modo despótico con que lo ejecutó Maupeou, tuvo razon para gloriarse de este acto, que impuso silencio á las facciones y dió entrada en el parlamento á la flor de los magistrados.

Maupeou registró los edictos fiscales propuestos por Terray, el cual acudió á mil expedientes para reanimar la hacienda, y reduciendo las rentas, disminuyó en 13.000.000 anuales los intereses de la deuda pública, que sin embargo ascendían aun á 63.000.000: el déficit anual no pasaba de 25.000.000, pero llegaba á 120 y 130 cuando Luis subió al trono.

Viendo el rey progresar el espíritu público, en vez de guiarlo, declaró inevitable el cambio, y se encerró en su egoísmo: sentía hundirse la monarquía, pero creyó que duraría tanto como él: lo que viniese despues no le importaba. Cuando murió de viruelas, su capellan declaró: « Que bien que el rey no debiese cuenta de su conducta sino á Dios, sentía haber dado escándalo á sus súbditos, y declaraba que no quería vivir mas que para sostener la religion y hacer el bien de los pueblos. » Así hasta un deber de humildad cristiana se convertía en acto de soberbia impotente en aquella monarquía, que al deshacerse protestaba de su omnipotencia.

CAPÍTULO VII

Costumbres.

Los sucesos del reinado de Luis XV nos han mostrado en parte los hábitos y las opiniones de aquella época. Ya en tiempo de Luis XIV se habian relajado las costumbres, no obstante la senil austeridad del rey, el cual no castigaba los excesos por miedo de causar escándalo. La Maintenon, que se habia jactado de haber puesto la devoción en moda, tuvo tiempo de ver que las modas duran muy poco. La hipocresía apé-

nas se ocultaba bajo aquel velo, siendo únicamente el último homenaje que se tributaba al rey absoluto; pero mas que la gatzmoñería de la corte se imitaba la impudente lascivia de la Ninon. En torno de esta se habia formado una sociedad de libertinos que al son de las botellas cantaban los versos chocarreros de Chaulieu y los impíos de Juan Bautista Rousseau; los incrédulos se reunían en casa del príncipe de Conti, y si ya antes en la escena no producían escándalo los sucios chistos de Molière, en 1709 se representó el *Turcaret* de Le Sage, retrato sin velo de una sociedad depravadísimas.

En un país que se modelaba por la corte, fueron contagiosos los ejemplos del regente. ¿Quién habria podido calcular los gastos, donde en la compra de un diamante se prodigaban los tesoros que reclamaban las necesidades públicas? ¿Quién habria osado mostrarse sobrio y casto entre las cenas de la regencia? Hasta los cortesanos sin pasiones hacían gala entónces de desorden y corrupcion, y de mostrarse ebrios cuando el príncipe se tambaleaba.

Los bailes de máscara comenzaron en 1716 y se daban hasta ocho por semana. Las casas de placer que aparecieron por primera vez en tiempo del gran rey, se multiplicaron luego, donde los señores en la familiaridad se desquitaban de la forzada circunspeccion que se veían obligados á guardar en palacio. El partido de la duquesa del Maine censuraba esta relajación; algunos ilustres restos de Port-Royal se oponían al torrente; pero los mas se lanzaron á él. Comenzaron los hombres á avergonzarse de la felicidad doméstica y de presentarse en público con sus mujeres: una necesidad peligrosa de granjearse y conservar amigos introdujo los cortejos, y en los contratos de bodas se llegó á estipular que la mujer no sería obligada á vivir con el marido en sus tierras.

El palacio del regente servía de asilo contra las leyes que prohibían el juego, el cual llevaba allí sus goceas febriles. La princesa de Valois, de diez y ocho años de edad, y destinada á casarse con el duque de Módena, marchó á unirse con su esposo precedida de jugadores, pasando las noches en el juego y los días en el sueño; los principales personajes acudían á jugar, difundiendo la embriaguez del juego en las provincias. Así se formó una clase particular de gente, la de los caballeros de industria, que vivían como grandes señores y como libertinos, sin otros medios sino los que les ofrecían las estafas y el garito. El gobierno, no pudiendo impedirlo, pensó vigilar el juego y autorizó ocho academias por 200.000 francos, que destinó al socorro de los pobres vergonzantes. Así la nobleza, ya muy próxima al abismo, se iba acercando á él cada vez mas entre los bulliciosos festines, las intrigas y la corrupcion cubierta con el velo de la elegancia; hicieronse famosas las sociedades epicúreas del *Temple*, del *Sceaux*, del *Caveaux*, sociedades medio báquicas, medio literarias, donde el talento

particular de cada uno servía para la diversion de todos.

Nueva sacudida dió á las costumbres el banco de Law por la rapidez con que muchos se enriquecieron y otros muchos se empobrecieron. Con el hervor de la codicia, las casacas galoneadas se hallaron entónces en contacto con el sayal; la púrpura de los prelados con la cola del traje de las prostitutas, y las ideas económicas difundiendo se quitaron al comercio aquella marca de degradación que hasta entónces habia llevado. Hízose el lujo mas ingenioso, pero frívolo y efímero: las vastísimas galerías cedieron el puesto á gabinetitos acomodados para el estudio y los placeres secretos; las artes presentaban escenas, no ya voluptuosas, sino libertinas; las letras, convertidas en cortesanas del público, estudiaban el arte de agrandar y buscaban la fortuna de un momento, el aplauso de los círculos. Propagóse el uso de los espejos, distribuidos con voluptuoso artificio; porcelanas y curiosidades de las Indias llenaban las habitaciones; gustábase de olores, y se cultivaban también las flores para hacer gala de una sencillez que formaba un contraste chocante con la multitud de criados vestidos de escarlata y adornados de plumas y destinados á usos nada honestos. El arte supremo de estos era conocer el blason y las libreas para saber á qué carrozas debían ceder el paso y sobre cuáles debían tomarlo, exponiéndose á ser apaleados en la calle si pecaban por menos, ó arrojados de la casa si pecaban por mas. Los lacayos, ántes obligados á tocar cualquier instrumento en las horas de ocio, esperaban desocupados en las antelas hasta que llegase el momento de correr delante de los caballos de sus amos.

Por imitar á los Ingleses se introdujo el té, extendiéndose también el uso del café, del chocolate y de los vinos de lujo con el nombre nuevo de *botellas*. Hicieronse los vestidos menos pesados y mas ajustados al cuerpo, según la moda del Norte; acortáronse las pelucas, y aun muchos empezaron á presentarse sin mas que sus propios cabellos. Sin embargo, Franklin calculaba poco despues que con los peluqueros habria podido la Francia formar un ejército, y con los polvos blancos mantenerlo. Los grandes dispendios arruinaban á las familias, obligándolas á cerrar los ojos en punto á sus pretensiones aristocráticas para enlazarse con ricos inmuebles, y abonar, como decían, con estiércol plebeyo sus tierras feudales. Ya Luis XIV habia halagado al banquero Bernard; la aristocracia tomó el ejemplo del rey sin imitar su dignidad, y humilló sus blasones delante del oro. Negociantes enriquecidos por especulaciones se enlazaron con familias en quienes eran tradicionales la toga ó el baston de mariscal, y se hicieron, olvidando su humilde extracción, mas ridiculos que los nobles olvidando sus altas pretensiones. Sin embargo, todavía se consideraba la ociosidad como el distintivo de un ilustre nacimiento, así como el enamorar y el tirar de

la espada á la mas mínima cosa. « Yo he visto, » dice el príncipe de Ligne, á los jóvenes de « calidad vestidos de toda etiqueta y con la « espada al lado á las siete de la mañana; ni « uno solo iba á pié por la calle; todos iban á « caballo con trajes galoneados, con gran sé- « quito y nunca al trote; las grandes señoras « iban con dos criados vestidos á la moda hún- « gara á la portezuela del coche, pajes y una « multitud de lacayos en la trasera; he visto á « los hijos temblando delante de sus madres, y « á las hijas que casi no se atrevían á hablar á « las mujeres casadas; he visto ministros que « oían sin responder, pero que cuando llegaban « á su noticia las grandes acciones, las remu- « neraban con lluvias de distinciones y benefi- « cios (1). »

El teatro estaba lejos de tener la importancia y universalidad que despues obtuvo, excitando todavía cierta especie de escándalo en los ánimos timoratos. En Italia los predicadores de cuaresma lo anatematizaban; el padre Tornicelli persuadió á los de Novara á dejar de asistir á él; Ginebra no lo admitió tampoco; de Mui, el amigo del hijo de Luis XV y ministro de Luis XVI, debiendo acompañar al rey de Dinamarca á visitar París, al llegar á la puerta del teatro se separó de este monarca, diciéndole que su religion le vedaba la entrada en aquel lugar (?).

El mundo elegante se solazaba mas en los bailes, festines y galanteos: bailarinas y cantatrices eran la presa ostentada de los señores, cuyos ricos trenes veíanse parados á sus puertas, mientras ellas lucían sus galas en los paseos en carruajes tirados por cuatro caballos.

Campo donde brillaban los Franceses era la conversacion, en el cual adquirieron aquel arte de disertar familiarmente, tan peculiar suyo y que ahora se va perdiendo. Por esto todos querían ser cultos y conseguirlo con poco trabajo; y de aquí la curiosidad universal, que se contentaba con la superficie, y la extension de ese espíritu de sociabilidad que nivela los grados sociales, de ese exceso de cortesania, que á veces es efecto y á veces causa de la aridez del sentimiento, que produce ciudadanos sin celo, escritores sin originalidad, familias sin ventura.

Pero si la galantería habia enseñado á los Franceses á dar importancia á cosas fútiles, en cambio mitigaba su egoísmo y moderaba su ambición; inspiraba respeto al débil y aversion

(1) *La vieille Europe.*

(2) Una cosa aparte eran los teatros de los Jesuitas. Los habia en todos los colegios y los actores se renovaban con los alumnos. Cada uno poseía un repertorio propio, que comprendía tragedias, comedias, óperas, bailes y diálogos. El amor y todas las pasiones peligrosas estaban desterradas de la escena, lo mismo que las mujeres, es decir, que faltaban los recursos teatrales mas comunes. En 1706 se representaron en Roma la *Toma de Jerusalem* y la *Pasion de Cristo*, en que hacían papel el *Pecado*, la *Penitencia* y la *Gracia*. El padre Granelli compuso á este efecto algunas tragedias, que no son las peores del teatro italiano. Algunas veces los alumnos representaban fuera del colegio: los de Reims bailaron una danza heróica en la coronación de Luis XV, y los del colegio de Luis el Grande representaron en las Tullerías el *Gregorio ó las molestias de la grandeza*.

á la codicia y á las intrigas innobles; daba cierta franqueza y dignidad de tono que parecia generosidad, un carácter comunicativo y aquella urbanidad amena en que no han tenido rival. Por lo demas los extranjeros les acusaban de ser todos formados por un modelo, teniendo las mismas maneras, el mismo modo de vestir, las mismas palabras é ideas, los mismos defectos y la vida misma (1), de suerte que conocido uno, se conocia á todos. Costumbres políticas no tenían, estando cerradas todas las vías al ejercicio de la elocuencia y de la habilidad política por donde se pudiese alcanzar gloria, y no conservándose mas que la costumbre de los empleos, que despreciados por los señores feudales, eran el patrimonio de los humildes. Solo los magistrados hereditarios del parlamento se ocupaban en los asuntos concernientes á los intereses nacionales.

Así, en vez de oposicion al gobierno, habia una manía universal de lograr proteccion de la corte; el sastre, el zapatero procuraban titularse sastres ó zapateros de cámara, y contentar al protector mas que á sus parroquianos, todo por respirar, siquiera en los extremos, el hálito de la corte: complacer á esta era el mérito principal.

Los segundones, destinados á una esterilidad necesaria para el lustre de las familias, llegaban á ser elementos de corrupcion y autores de intrigas galantes, que les preparaban para las intrigas ambiciosas. De aqui la influencia de las mujeres, convertidas en resortes motores de los hombres, los cuales procuraban seducirlas, no solo para tener amantes, sino tambien para alcanzar empleos. Con este intento se ponian en juego hermosura, riqueza, solicitudes; cedíanse mujeres y amantes; las señoras querian tener dinero para adornarse mucho, y adornarse para poder escoger entre los galanes: luego se hacian las protectoras de estos por fastidio, por compromiso, ó por necesidad de amor verdadero, mezclándose así la ambicion y la galanteria, y no quedando libres de las intrigas mas que los empleos que se daban por venta. Comenzábase, pues, la carrera con amoríos, en que ciertamente el amor no tenia parte; y las costumbres frívolas contraídas en la juventud se prolongaban hasta mas allá de la vejez, distinguiéndose así las clases buenas de las sim-

(1) « Le Français, le premier des Européens, le premier des hommes les plus civilisés... avait dans son langage des habitudes du perroquet, et dans ses actions des habitudes du singe. Il disait ce qu'il entendait dire; il faisait ce qu'il voyait faire; il disait les mêmes choses dans les mêmes paroles qu'un autre; il grassoyait, il traînait ses paroles, il expédiait, et barbouillait ce qu'il disait, suivant que ses modèles avaient l'une ou l'autre habitude. Tous étaient habillés de même: mêmes formes, mêmes couleurs; tous montaient à cheval de la même manière, dansaient de la même manière, avaient la même contenance, la même tournure. Les Anglais, en venant autrefois en France, étaient frappés de cette ressemblance affectée: ils croyaient rencontrer tous les jours la même personne au théâtre, au boulevard, au bois de Boulogne: ils trouvaient quelque chose de servile dans ce calque général des manières et du langage. » RODERER, Louis XII, etc. t. III, p. 226.

plemente agradables, las ocupadas en negocios de las dedicadas á frivolidades, las personas racionales de los *petimetres* y mequetrefes.

El que conocia este arte tomaba el vuelo fuera de la casa paterna, y llegando á los empleos á fuerza de rastreras adulaciones, llevaba á ellos la costumbre de la docilidad; de modo que la administracion marchaba sin ruido y sin obstáculos, hallando prevenidas sus órdenes, y á veces ejecutadas hasta mas allá de sus deseos, evitándose así la vergüenza de ordenar una injusticia: tal era la presion que por esto ejercia el gobierno sobre los que no tenían posicion en el Estado, que el ser simple particular era una desgracia en aquel país donde los protegidos se ostentaban omnipotentes.

Tambien los empleos militares estaban reservados á las personas tituladas ó á la proteccion. ¿Qué mas? Hasta las dignidades eclesiásticas y los beneficios, cuya provision correspondia á las grandes casas, se obtenian con tales artes; y el abate Cottin escribia madrigales amorosas, el abate Grecourt poesias lúbricas, el abate De Pure la *Historia galante de las Preciosas*, el abate d'Aubignac la *Relacion del reino de la Coqueteria*.

Las reliquias del gusto antiguo apenas hallaban refugio en los círculos de la duquesa del Maine; los mas iban á tributar sus homenajes á la fácil Ninon; la modestia, el estudio solitario cesaron en los escritores, que ostentando conocimientos variados, buscaban en los salones un aplauso momentáneo y daban cuerpo á frivolidades. Entre esta elegancia social y ligereza mundana, entre la molicie de las costumbres y el atrevimiento de las ideas, se extendieron inmensamente los libelos, formándose una literatura baja, mercenaria, clandestina, que publicaba todos los escándalos, y en estilo obscuro divulgaba los osados pensamientos, que autores estimables con buenas reflexiones habian velado ó corregido. Así, sobre los trabajos meditados y sobre los ingenios escogidos obtuvieron imperio las graves nulidades, la frívola pedanteria, las graciosas sutilezas, y por consiguiente el bello sexo. Poesias obscenas ó picantes, libelos infamatorios, las novelas del abate Prevôt, de madama Graigny, de Crebillon hijo, las *Cartas persas*, el *Gil Blas*, la *Doncella* de Voltaire, eran el ansiado y sabroso pasto de las clases desocupadas, que aspiraban á goces intelectuales y literarios. Despues que Fontenelle, resto reverenciado de otro siglo, introdujo en los gabinetes el estudio de la astronomia, pretendiase conocer á Newton y se le ponía en parangon con el inepto Maupertuis, como á Leibnitz con Locke. Un billete de Voltaire, un epigrama de Piron, una comedia, una novela nueva, ponian en conmocion á todos los círculos, reemplazando las discusiones y disertaciones á la amable charla y al fácil abandono antiguos (1). Tal bar-

(1) « Cette anatomie de l'âme s'est glissée jusque dans nos conversations: on y disserte, on n'y parle plus; et nos so-

niz de conocimientos superficiales hacia parecer superflua la doctrina profunda, así como la sutileza hacia inútil la fe. En la conversacion de las hermosas distribuíanse la gloria y la infamia; ni hubiera sido posible sin la proteccion de aquellas obtener un nombre en la sociedad.

La impudencia semioficial de las *pequeñas cenas* habia precedido á la del ateísmo. En las salas profusamente iluminadas y que el gusto dominante cubria de espejos, de molduras doradas, de medallones, de amores, de guirnaldas, obra del pincel de Boucher, durante las saturnales aristocráticas en que la lascivia enervada por el abuso, y el deleite cansado de sí mismo, se convertian en disgusto, la incredulidad como salsa excitante reanimaba la alegria de la fiesta. Á la salida de estas fiestas, el blasfemador cortésano, con puños y vuelos de encaje, se presentaba en el gran mundo, seguro de una acogida si era elegante, si sabia vivir, favorable si en suma era buen caballero, y sobre todo si llevaba por salvoconducto aquel humor ligero y burlon cuyos chistes delicados formaban la alta celebridad del académico Fontenelle. Porque entonces era preciso pagar con el ingenio, única moneda corriente en la sociedad; ponderábase, vendíase, trocábase, prestábase, mendigábase de un modo ú otro, pero era preciso tener ingenio aunque fuese robándosele á otro: recibido, adquirido ó robado, era preciso tenerlo absolutamente. Ciertos mercaderes lo daban á préstamo sobre buenas hipotecas, segun la tarifa, y sus tiendas se llamaban tiendas de ingenio, oficinas de la celebridad del dia.

Andando el tiempo, las mujeres llegaron al apogeo de su influencia. Bajo este reinado de la imaginacion, de graves nulidades, de importantes frivolidades, de esa sutileza pérdida y graciosa que es la esencia de la vitalidad mujeril, supieron rivalizar con los talentos superiores y eclipsar los secundarios. Las novelas y los folletos no formaban toda la biblioteca de una mujer, y con frecuencia cándidas manos dejaban el abanico para tomar el serio compas, trazaban rectángulos, polígonos, hojeaban los *Elementos* de Euclides y los tratados de las ecuaciones. Nobles matronas rodeaban á Maupertuis en el jardin de las Tullerías, estudiaban á Newton y á Leibnitz, pretendian rivalizar con Euler, obtenian menciones honoríficas, se arrebatában las cartas de los doctos que habian marchado á determinar la figura de la tierra, y extendian su solicitud á estas lejanas tareas. Otras sin escribir ni hacer números, adquirieron igual preponderancia siendo reinas de la gracia y del ingenio en la conversacion. Su corte se formaba de literatos, de géometras, de los primeros personajes del Estado; y sus salones eran los oráculos de la reputacion, por lo cual todos aspiraban al difícil honor de ser

ciétés ont perdu leurs principaux agréments, la chaleur et la gaieté. » D'ALEMBERT, *Pref. à l'Encycl.*

admitidos en ellos. Soberanas del gusto y de la opinion, animaban con su viveza burlona las ideas materiales de los matemáticos.

La costumbre de las burlas picantes, el escepticismo respecto de los afectos del corazon y de las creencias del alma, el barniz superficial de las ciencias positivas, alejaban los ánimos cada dia mas de las verdades metafísicas. Se habria tenido por vergonzoso el participar de la fe sencilla del pueblo; encontrábase la religion estrecha, mezquina, absurda en mas de un caso; se la queria ilustrada, tal como se juzgaba conveniente á la dignidad de la razon humana. Emanciparse de las leyes del Cristianismo, condenar lo mismo á los contemporáneos que á los predecesores, exigia un gran valor; y así desde aquel punto los que se habian llamado *bellos espíritus* se llamaron *espíritus fuertes*, y los espíritus fuertes se adjudicaron el título de *filósofos*; pues que los « *únicos filósofos verdaderos son los que tienen la fuerza suficiente para desprenderse de las preocupaciones de educacion en materias religiosas.* » ROSELLY DE LÓRGUES.

Lo que un tiempo era la casa de Rambouillet, lo fueron entonces la de la Geoffrin y la de la Tencin, novelista, monja fugada del convento, que queria imitar á la Ninon y que exponia en la calle pública los hijos que daba á luz; concubina de Dubois, querida de Montesquieu, codiciosa del amor de los demas y que reunia en torno suyo un *serrallo de sus machos*, como llamaba á los hombres de mas ingenio de la época. La agudeza de ingenio servia de manto á todo, al hurto, á la infamia y hasta al bajo nacimiento, de modo que aun perjudicando, hacia la autoridad mas suave, al clero mas tolerante, mas familiar á la nobleza, poniendo en contacto las personas sin confundir las clases, introduciendo una cortesania universal en que la aristocracia perdia sus pasiones, aun conservando sus modales, y en que los derechos del ingenio se igualaban con los del nacimiento.

Mientras la corte decaía en consideracion, adquirieron posicion independiente los literatos, y echaron de ver su importancia. Hume, que vino de Londres á Paris, alónto al observar aquel culto que se tributaba al ingenio, escribia á Robertson: « Aquí quiero quedarme: las letras » y los literatos son aquí mejor tratados que » entre nuestros turbulentos Bárbaros de Londres (1). »

Esta manía de ostentar un agudo ingenio que encubriera la ignorancia y la bajeza, impulsó á la generalidad á buscarlo en atacar las cosas

(1) Pero d'Alembert con mejor juicio decia: « Les savants n'ont pas toujours besoin d'être récompensés pour se multiplier. Témoins l'Angleterre, à qui les sciences doivent tant, sans que le gouvernement fasse rien pour elles. Il est vrai que la nation les considère, qu'elle les respecte même; et cette espèce de récompense, supérieure à toutes les autres, est sans doute le moyen le plus sûr de faire fleurir les sciences et les arts, parce que c'est le gouvernement qui donne les places, et le public qui distribue l'estime. » (L. cit.)

mas santas; y los lúbricos placeres de las cenas del regente abrieron la senda para las cenas de la impiedad. Los *bellos spiritus* quisieron, pues, ser *spiritus fuertes*, y se confirieron á sí mismos el título de filósofos, reputando despreocupacion el hollar las ideas recibidas con la educacion en materia de fe. En las salas resplandecientes de espejos, molduras, dorados medallones y guirnaldas, se ostentaba la incredulidad para reanimar con su befa el gusto cansado y enervado; en ellas la blasfemia era bien acogida con tal que viniese en traje elegante y florido, y mas si se presentaba revestida de cierta sal maligna y delicada. Se hacia objeto de estas burlas á Moises y á los profetas; burlábanse de la Biblia entre los vapores del vino, y las orgías eran mas bulliciosas y escandalosas en los dias que la Iglesia consagra. Fuera del ingenio nada quedaba, ni fe, ni entusiasmo, ni amor á la verdad, ni afecto á la patria, confundida esta con el nombre vago de género humano; haciéndose de todo mofa, guiándose tan solo por la fantasia, y apoyándose únicamente en la propia razon.

Con esto crecía la influencia de París, ya bastante extendida por la sociabilidad que se habia difundido entre los señores. En 1474 Luis XI quiso pasar una revista á los habitantes de aquella ciudad capaces de tomar las armas, y hallando cien mil vestidos de escarlata con armas blancas, se asustó y no pensó en renovar un espectáculo que revelaba su fuerza á los Parisienses. Enrique III decia que su capital era una cabeza gruesa, y pensaba en adelgazarla; durante la regencia se contaron hasta un millon cuatrocientos mil habitantes; y en tiempo de Condé se formó el arrabal de San German, precisamente en el sitio en donde se habia mandado que no hubiese sino casas pobres.

Este terreno estaba conmovido por las sociedades secretas, otra imitacion inglesa. La vanidad ha prestado raíces ó remotas ó ilustres á la francmasonería; no hay nombre ilustre al cual no se haya atribuido su institucion desde el Arcángel San Miguel hasta Sócrates y Cromwell; y esta asociacion adoptó y hermosecó cuantos sueños habian inventado hasta entónces las sociedades misteriosas para ennoblecerse. Unos la hacian derivar del templo de Salomon, otros de los misterios egipcios: decíase que Mance la habia perfeccionado y que sus discípulos habian propagado el culto del G. A. D. U. (*grande arquitecto del universo*); que ella fué la que enseñó en los primeros tiempos la civilizacion á los Europeos bajo el nombre de Pitágoras; que despues en la edad média habia conservado las tradiciones del saber; que con las Cruzadas vino á Europa por medio de los Hospitalarios y Templarios, y que sobrevivió á estos escondiéndose en el misterio. En realidad las logias masónicas no eran mas que una de tantas asociaciones por cuyo medio en los siglos bárbaros buscaba la industria defensa contra tantos enemigos, subsidios entre tantas

escaseces. La tradicion de los métodos arquitectónicos se habia conservado con el receloso secreto entónces comun á todos los métodos. La iglesia de Estrasburgo en 1277 fué fabricada por una sociedad de francmasones, y la semejanza de las construcciones contemporáneas indica la igualdad de ritos. Esta asociacion fué reconocida por los príncipes, y el emperador Maximiliano confirmó sus estatutos (1).

En Inglaterra los primeros vestigios de la francmasonería se encuentran en 1327, y á esta sociedad pertenecian todos los lóres. En 1425 el parlamento prohibió los capítulos ó congregaciones de masones; pero Enrique IV volvió á permitir su reunion; en 1500 estaban dirigidos por los caballeros de Ródas, y en 1502 era su protector Enrique VII, y sus dignatarios los primeros oficiales de la corona, á cuya cabeza el mismo rey, en traje masónico, puso la primera piedra de la abadía de Westminster. Durante la Revolucion inglesa, la tiranía dominante y el humor taciturno de aquel pueblo dieron motivo á la formacion de sociedades secretas, las cuales, á fin de evitar el castigo como novedades en caso de ser descubiertas, pretendieron ingerirse en las logias masónicas que estaban toleradas, y se rodearon de aquellos símbolos escriturales de que abundaba entónces el lenguaje. Los jacobitas desterrados las llevaron á Francia, pero ademas de que los Franceses son ménos aficionados al secreto, la recelosa persecucion de Luis XIV impidió que se difundieran. El pretendiente de Inglaterra fundó varias de ellas; el regente, á quien agradaba todo cuanto con el misterio y la prohibicion incitase la concupiscencia, se prendó de esta como de las demas modas inglesas, y en el año de 1725 se abrió la primera logia bajo la direccion de tres jefes extranjeros: lord Cerwenwater, el caballero Maskeline y el señor Huguettey. Justamente desde entónces habia cesado de ser secreta la francmasonería en Inglaterra, habiéndose celebrado en abril de 1724, bajo la presidencia del gran maestre conde de Alkeith, una asamblea pública, en la cual se admitieron cinco adeptos, que despues de haber recibido el delantal de cuero, el martillo y la llana, salieron con estos arneses á recorrer la ciudad.

(1) El que no se quiera engolfar en un piélagos de escritos místicos, oscuros y extravagantes, puede tomar noticias sobre este punto en un libro bastante raro de un escritor italiano: *El misterio del amor platónico de la edad média, derivado de los misterios antiguos*, obra en 5 tomos, de GABRIEL ROSETTI, Lóndres, 1840. Toda ella se apoya en la existencia de sociedades secretas que conservaron por tradicion los misterios antiguos. Como es natural, entre estas sociedades hace gran papel la francmasonería, y el autor toma por lo serio hasta sus puerilidades y su jerga. Principalmente habla de ella en el tomo III, cap. 2.

Tambien pueden verse REHELLINI, *La Maçonnerie considérée comme le resultat des religions égyptienne, juive et chrétienne*. Gante, 1828. *Esprit du dogme de la franc-maçonnerie*. Brusélas, 1825.

CLAVEL, *Hist. pitt. de la franc-maçonnerie*. Paris, 1844.

RAGON, *Cours interprétatif des imitations anciennes et modernes*. Edition sacrée, 1842.

Puede leerse un extensísimo y hostil informe sobre los iluminados y francmasones en las *Memorias para la historia del jacobinismo del abate Borroel*; tomos III y IV.

En 1736, á la muerte de lord Arnouester, segundo gran maestre de Francia, la corte declaró que si la eleccion recaía en un Frances, lo encerraria en la Bastilla; sin embargo recayó en el duque de Antin, bajo cuya direccion la masonería francesa obtuvo estabilidad en el país: despues fué elegido el conde de Clermont, príncipe de la sangre. En 1744 se prohibieron las logias, pero esta prohibicion las hizo aumentarse y extenderse á las provincias, y al fin las parisienes cesaron de depender de las de Inglaterra. Andres Miguel de Ramsay, ayo de los hijos del pretendiente, celebró por varias obras que habia compuesto, fué uno de los mas ardientes propagadores de la masonería en Francia. Segun su opinion, esta sociedad habia sido fundada en Palestina en tiempo de las Cruzadas para reedificar las iglesias destruidas por los Sarracenos, y despues en Inglaterra habia tenido que modificarse para no inspirar recelos á Isabel, que consideraba á los francmasones como papistas disfrazados. Ramsay, como gran canciller, tuvo el proyecto de convocar para París á los diputados de todas las logias de Europa, que calculaba serian tres mil, é inducirlos á que contribuyese cada uno con diez luises para imprimir un diccionario frances de las artes liberales; y estas fueron el objeto del discurso que se leyó en una de sus cenas semanales. Disuadido por el ministro Fleury de este intento, escribió despues la *Historia de la masonería*, que no llegó á imprimirse, y en la cual, segun su confesion, guardó silencio sobre lo mucho que habia contribuido esta sociedad para restaurar en el trono de Inglaterra á los Estuardos.

La francmasonería en la Gran Bretaña conservó su carácter serio; pero en otros países se redujo á reuniones de pasatiempo y diversion, á una herejía galante que á nadie perjudicaba, y tambien solia prestar algun servicio con actos de beneficencia. En Francia presentaba el tipo de una sociedad constituida sobre principios diferentes de la civil: en sus logias no habia prerrogativas hereditarias; en las paredes se veían estampadas reflexiones y pensamientos diversos; entre las colgaduras negras y los emblemas mortuorios se leía esta inscripcion: *Si tienes en algo las distinciones humanas, véte: aquí son desconocidas*. El neólito oía decir al orador que el objeto de la masonería era abolir toda diferencia de raza, de color, de patria, extirpar los odios nacionales y el fanatismo; pues que el templo del arquitecto del universo habia sido levantado por sabios de varios climas. Sobre el trono del venerable de cada logia se veía el triángulo con el nombre hebraico de *Jehová*, como señal de que el único deber religioso del iniciado erar adorar á Dios. Perteneciendo á estas logias una multitud de personas opuestas á los trastornos sociales, las mas ardientes instituyeron nuevos grados secretos, á los cuales no se llegaba sino pasando por pruebas calculadas para demostrar el progreso de la educa-

cion revolucionaria. Hubo, pues, treinta y tres grados, de los cuales los cuatro primeros tenían símbolos de albañiles; los del 5º al 18º indicaban una especie de caballería religiosa, y en el 30º, se recibia la solucion del problema velado en los precedentes. Aquel misterio atraía é incitaba la imaginacion; los visionarios descubrieron en él una escuela de quiméricas perfecciones y un tenebroso misticismo; los charlatanes un cúmulo de prestigios; hubo quienes se valieron de él para estafar; otros en mayor número hallaron en estas sociedades el remedio de su pobreza.

No podian ménos de inspirar recelos á los príncipes aquellas secretas asambleas, aquella misteriosa inteligencia entre gentes de todos países; y primero Francia en 1727, despues Holanda en 1735, y luego Flándes, Suecia, Polonia, España, Portugal, Hungría y Suiza las proscribieron. En Viena en 1743, invadida la logia por soldados, los masones entregaron sus espadas y fueron conducidos á las cárceles ó puestos en libertad bajo palabra, habiendo ocasionado grave escándalo esta sorpresa, porque se encontraron en la asamblea sorprendida personas de alta jerarquía. Estas protestaron que no podian responder al interrogatorio que se les hacia, porque se hallaban ligadas por la promesa del secreto; y el gobierno, aceptando la excusa, les devolvió la libertad, contentándose con prohibir tales sociedades.

Ya Clemente XII habia excomulgado á sus individuos; Benedicto XIV repitió el anatema (1751); de improviso en el reino de Nápoles, donde se habian difundido, Carlos III les aplicó las penas impuestas á los perturbadores de la tranquilidad pública, y los demas príncipes imitaron este ejemplo.

Tales prohibiciones dieron á aquella sociedad al atractivo del peligro, y no habia pensador que no quisiese estar agregado á ella; los discursos pronunciados en las logias versaban sobre los proyectos mas atrevidos que ideaba la filosofía de la época, y así llegaron á ser un instrumento poderoso de propagacion de las ideas revolucionarias, especialmente despues que se pusieron de acuerdo con los iluminados de Alemania.

CAPÍTULO VIII

Literatura filosófica.

Tales hábitos y sentimientos se refrataban en la literatura, la cual, segun costumbre, retenia una parte del siglo precedente, y otra tomaba de las novedades entónces introducidas (1). Lo bello cesó de ser cultivado como bello, convir-

(1) BARANTE, *De la littérature française pendant le XVIII siècle*;

VILLEMANN, *Cours de la littérature française*;

LACRETELLE, *Histoire de France*;

y la aclaracion C.